

Vesalio dedicó su obra (*De corporis humani fabrica*, 1548) al « divino Carlos V, máximo é invicto emperador; » adulacion que le perdonamos en gracia de la necesidad que tenía de un protector contra los orgullosos que confundían á los anatómicos con los barberos, y contra los pedantes, enconados con la arrogancia de un hombre de veintiocho años que censuraba á Galeno. Tuvo que sufrir los furiosos ataques de aquellos, especialmente en Francia, y el mismo Silvio, su maestro, le calificó de presuntuoso estudiantillo; mas no pudiendo negar los errores de Galeno, llegó á sostener que los hombres habían cambiado desde aquella época, y que la naturaleza variaba caprichosamente á cada paso. El divino é invicto Carlos V dió oídos á los mal intencionados, y mandó instruir un proceso contra aquel libro; despedido de lo cual Vesalio quemó muchos de sus manuscritos. Sin embargo salió absuelto; pero habiendo sido nombrado médico de palacio, perdió su ingenio en medio de la molición y la inacción. Eran tan raras las ocasiones que se le ofrecían de ejercer su arte, que se lamentaba de no haber tenido en España un solo cráneo. Murió un caballero de una enfermedad desconocida, y rogó á sus parientes que le permitiesen hacerle la autopsia; pero como se le figurase que al meter el escalpelo se movió el corazón, le acusaron de homicidio á los tribunales, y de impiedad á la Inquisición, y fué condenado á muerte. Felipe II le conmutó esta pena en la de destierro, y pasó á Venecia, se embarcó como médico de las tropas con Juan Malatesta de Rimini para Chipre y Jerusalem, y á la vuelta naufragó en las costas de Zante, donde murió de hambre.

Entonces recibió un gran impulso la anatomía. Gabriel Falopio, de Módena, aunque respetaba á Vesalio, le convenció de algunos errores, especialmente acerca de los músculos del abdomen; y descubrió con su perspicacia sin igual los delicados huesos del sistema acústico, y la composición de las fosas nasales, de la mandíbula, del esternon y del sacro, dejando su nombre á las trompas colaterales del útero. Refutó la opinion de Galeno sobre las fibras musculares, negando que los nervios formasen parte de ellas, y manifestando que la acción de estos cesa donde se cortan al través las fibras, pero no si se parten á lo largo. En angiología desconoció la pequeña circulación, y creyó con Galeno que las arterias son canales conductores de los espíritus vitales desde el corazón á todo el cuerpo. Enmendó los errores que este cometió al hablar del intestino ciego, y describió con exactitud el epíplon y el piloro, descubriendo el mediastino, la pleura y la glándula lacrimonal. Se inclinaba á creer con Galeno que los nervios parten del cerebro y no del corazón, como dice Aristóteles; pero de esto no estaba enteramente seguro. Estudiaba cadáveres de hombres, no de bestias; tenía seis ó siete cada año, y el duque de Toscana le daba de cuando en cuando un

condenado á muerte, *quem interficimus modo nostro et anatomizamus.* — ¡El médico convertido en verdugo (1)! Carlos IX tenía una bezoar, que, según se decía, evitaba los envenenamientos, y habiendo hecho la prueba en un condenado á horca, á quien dieron sublimado corrosivo, murió en medio de terribles convulsiones. Cuando Enrique II fué herido en el torneo, cortaron la cabeza á cuatro criminales y los entregaron á los cirujanos, para que, hiriéndolos en la misma parte que al rey, pudiesen conocer hasta donde habían entrado las astillas de la lanza.

No fué Falopio quien descubrió el estribo del oído, sino Juan Felipe Ingrassia, Siciliano, que extendió nuevamente esta ciencia en la universidad de Nápoles, estableció antes que nadie los consejos de sanidad pública, y se portó como un héroe en la peste de 1575. Asellio de Cremona descubrió los vasos lácteos. Santorio Santorio de Capodistria se impuso el martirio de vivir treinta años sobre balanzas, para observar los fenómenos de la traspiración cutánea que hasta entonces nadie había estudiado. Costancio Varoli, su paisano, se dedicó á conocer el cerebro, de donde aun existe el nombre de puente de Varoli, y los nervios ópticos, cuya dirección siguió hasta la médula oblongada. Pablo Sarpi notó la contracción y dilatación de la úvea.

Es notable el tratado de los riñones, de la vena acigos y de la estructura de los dientes por Bartolomé Eustaquio de Sanseverino, profesor de la universidad de Roma, que estudió con gran cuidado los nervios, vió el origen del gran simpático, y la dirección de otros que antes no se conocían. Formó treinta y seis tablas que quedaron inéditas por falta de medios; y cuando en 1714 hizo Clemente XI que las publicase Lancisi, se vió que si se hubiesen conocido, habrían anticipado la gloria de Bartolini, Bellini, Pequeto, Lavater y otros.

El Boloñés Julio César Aranzi fué el primero que se dedicó á examinar el feto y sus envolturas, preparando el estudio de la organogenia, que no ha nacido hasta nuestro tiempo, y aprovechándose de los descubrimientos de Realdo Colombo respecto de la circulación de la sangre, ó suponiendo que pasaba no por los poros del feto sino por la vena arterial de los pulmones, combatió las ideas que sobre este punto tenían los antiguos; si bien tanto él como Colombo dieron asenso á la opinion, entonces general, de que el hígado era el órgano de la sangüificación.

En 1540 demostró Lavesseur que había conocido la circulación pulmonar y las válvulas de las arterias y venas. Miguel Servet, cuyo fin y cuyos errores hemos deplorado, explicó la pequeña circulación de los pulmones en la *Christianismi restitutio*, obra quemada en unión

(1) Pero se asegura que este pasaje se interpoló en sus obras cuarenta años después de su muerte.

con el autor por Calvino, é impresa en 1535, no en la *De Trinitatibus erroribus* de 1531, como generalmente se dice.

Fabricio de Acquapendente continuando la obra de Vesalio, generalizó las observaciones deducidas de la anatomía del hombre comparándola con la de otros animales, con objeto de ver las partes que no pueden verse en el hombre, comparar los órganos semejantes y notar las diferencias de una especie á otra, deduciendo consecuencias. Cada uno de los capítulos de su obra *Totius animalis fabricæ theatrum* se divide en tres partes: descripción del órgano, su acción, su uso. Se dedicó especialmente al estudio de las venas, y observó que las válvulas miran todas hacia el corazón, de manera que este descubrimiento parece ser más bien suyo que de Sarpi. Sin embargo, la admiración que profesaba á los antiguos le separaba de lo nuevo.

Harvey.
1578-
1658.

Bajo su dirección estudió en Padua hasta el año 1602 el Inglés Guillermo Harvey, que negó la generación equívoca, combatida ya antes de aquel tiempo por Redi, y estudió la evolución de los huevos, si bien la falta de microscopios le impedía conocer completamente la verdad. Desde 1619 enseñó en Londres la circulación de la sangre, y su obra *De motu sanguinis et cordis* concluyó de arruinar el antiguo edificio. No cabe duda en que se conocía en Italia la circulación, y que Harvey aprendió de Eustaquio Rudio (1) las verdaderas funciones del sistema vascular, copiándole sin citarle; pero se aprovechó de los progresos de la anatomía experimental, y desechando las frases viciosas que había usado su predecesor, marcó con más claridad el mecanismo general de la circulación. Hallándose honrado en su patria, siendo médico de los reyes que le proveían de animales y de medios de estudio, y estando sostenido por el colegio de Londres, le fué fácil adquirir fama y apropiarse un descubrimiento en que otro le había precedido.

Con estos adelantos se aumentaron los conocimientos de medicina y cirugía. El uso de las armas de fuego produjo nuevas investigaciones quirúrgicas, y aunque poco conocida, es muy importante la obra del Napolitano Alfonso Ferri *De scelopetorum vulneribus*. (Lyon, 1554.) Un médico de Turin poseía un secreto para curarlas, y de él le aprendió Ambrosio Paré, que le estimaba más por lo que le había costado que por lo que valía. Este Paré de Laval fué uno de los prácticos más célebres, y renovó, si no inventó, la ligadura inmediata de los vasos, en lugar de escarificarlos ó cauterizarlos: enseñó el trata-

(1) Sprengel quería que Berenguer negase la traspiración de la sangre al través del diafragma; pero aunque dice *satis notabilis substantie, que est etiam satis densa*, admite sin embargo los agujeritos de Galeno. En cambio, el mismo Sprengel afirma que Colombo suponía tal paso, mientras dice claramente que el que lo asegura se equivoca, *longa errant via*. Véase *De Renzi, Hist. de la medicina*, vo. III, pág. 307; y nuestra nota Y.

miento de los fracturas complicadas con heridas y otras prácticas que aun están en uso; comparó el esqueleto humano con el de los cuadrúpedos y las aves, y pensó que los miasmas contagiosos entran por el olfato. Fué médico de Francisco I, Enrique II y Carlos IX, que le salvó de la matanza de San Bartolomé. Su discípulo Jaime Guillemeau, natural de Provenza, perfeccionó el trépano. La obstetricia perdió parte de su ferocidad: Nufer Gastraporci hizo en el Turgau la primer operación cesárea en una mujer viva; y Francisco Rousset, médico del duque de Saboya, escribió sobre el asunto una obra que ha conseguido gran reputación, alcanzando también buen éxito las tentativas que se hicieron.

Sin embargo, el cirujano era tenido aun como de condición baja, y hacía su aprendizaje con los barberos limpiando la tienda, peinando y arrancando callos. Cuando los cirujanos obtuvieron en París los mismos privilegios que los médicos, fué indecible el despecho de estos, y unieron su rencor á la envidia de los barberos; pero á pesar de esto fueron aquellos considerados como miembros de la universidad. El ejercicio de la clínica como institución universitaria fué introducido en Padua por Juan Bautista del Monte en 1543 (1).

Las nuevas traducciones que se hicieron de los libros griegos de medicina, produjeron la convicción de que las arábicas y sus comentaristas eran malas; y Leonardo Fuchs de Vembdingen quitó á Avicena el título de príncipe para restituirselo á Hipócrates y á Galeno; Juan Bautista Montano y Marsilio Cognati, ambos de Verona, restauraron con la prensa y con la práctica la escuela del padre de la medicina; Jacinto Houlier ilustró sus libros, y mas aun su discípulo Luis Duret del *Delfinado* y Ana Foes de

Medici-
na.

(1) Italia estaba todavía á la cabeza de la ciencia, pues no había acaso un solo hombre célebre entre los extranjeros que no hubiese sido educado en sus universidades. Paracelso estudió en Bolonia, en Roma y en Padua; Solenandro en Roma, en Pisa y en Ferrara; Langio se doctoró en Pisa después de haber asistido á las lecciones de Leoniceo y de Vigo; Eurnio estudió en Padua y en Pavia; Teodoro, Jacobo y Bonifacio Zwinger siguieron las lecciones de la universidad de Padua y otras de Italia; Linacro estudió en Florencia y en Roma; Brucio era alumno de las escuelas de Italia, así como Dassenio, primer refutador de Paracelso. Volcher Coiteux fué discípulo de Falopio y de Eustaquio; Joubert fué también discípulo de Argentieri en Turin; Gaspar Bahin, de Acquapendente, y su hermano Juan estudió también en Padua. Guilandino, salvado por Falopio de la esclavitud que sufría en Argel, fué alumno y luego profesor de la universidad de Padua, donde estudiaron también Juan Schenk, Arveo, Spigelio y Gaspar Hoffman. Fyrens fué discípulo de Mercuriale, de Aranzio, de Aldobrando y de Tagliacozzi; Struzio recibió la borla de doctor en Padua, donde también estudió Erasto por espacio de nueve años, doctorándose después en Bolonia; Monavio estudió en las universidades italianas así como De Pratis; Servet tuvo relaciones con los sabios de Italia, donde estuvo también Cornelio Agrippa haciendo la guerra por espacio de siete años y estudiando filosofía y medicina, cultivando las ciencias en Turin y en Padua. Dodoneo estudió en Padua y fué muchas veces á visitar las escuelas de Italia; Amato Lusitano estudió y fué profesor en Bolonia; Rodrigo de Fonseca fué profesor en Pisa y en Padua. No se limitó á aquel siglo la afluencia de los extranjeros á Italia; fueron alumnos de la única universidad de Padua Mauricio Hoffmann, Posthio, Gaspar el mayor, Tomas y Gaspar el joven, Bartolino, Meibomio, Rollink, Sennert, Wepser, Juan Jorge Wirsungio, Juan Westlingio, etc.

Metz; y en las *Definiciones médicas* de Gorvis se explican los términos técnicos con gran conocimiento de la lengua y de la ciencia.

Hubiéramos debido relegar entre los charlatanes á Paracelso, porque su fama en Alemania fué una gran rémora, como en España la de los Árabes; y sin embargo, muchos alquimistas delirantes han sido excelentes médicos, y presentian los verdaderos principios de la economía viviente, y la necesidad de separar el estado de aquella del de la materia muerta; porque existen unas leyes para los cuerpos vivos y otras para los inanimados. El mismo Paracelso hizo servicios positivos á la ciencia, poniendo en uso nuevas medicinas ó preparándolas de distinta manera que lo habían sido hasta entónces. Sus prodigiosas curas eran debidas al mercurio y al opio. Acerca del primero se ignoraba casi enteramente el modo de prepararle; el otro era rechazado por los médicos como *frígido en cuarto grado*; pero Paracelso le había visto usar con profusion en Turquía, é introdujo como su antagonista el tártaro, así llamado porque quema al paciente como el infierno, por el ácido que contiene con el agua, la cal y el aceite. Indicó los principales defectos de la medicina en su tiempo, y las reformas que necesitaba, puso en ridículo la farmacia antigua, y consiguió que se creyesen posibles muchas cosas nuevas, destruyendo por tanto la sistemática repugnancia que á ellas se tenía. Pero insultaba descaradamente á aquellos á quienes copiaba, y conmovia la multitud sin dirigirla á una revolución, como hubiera podido hacerlo con aquella sagacidad particular que poseía, y que si bien no debe confundirse con el genio, conduce á descubrimientos inaccesibles á la prudente moderación.

Algunos con Paracelso se obstinaban en aplicar siempre unos mismos específicos, sin cuidarse de los síntomas; otros querían unir á las teorías de Galeno lo que parecía admisible de Paracelso; otros le impugnaron abiertamente, y Gaspar Hoffman con especialidad en el libro *De barbarie imminente*.

Mas de uno se había atrevido ya á hacer frente al peligro de salir del camino trillado; y después que Pedro Ramusio despreció á Aristóteles y á los escolásticos, Juan Fernel de Amiens preguntó la verdad á la naturaleza, no á Hipócrates ni á Galeno; y se sirvieron con entera libertad de su razón el profesor de Pavia, Juan Selvático, Julio Alejandrino de Neustein, Servet y Pedro Brissot. Juan Argentieri de Chieri impugnó en la nueva universidad de Turin á Galeno y á los admiradores de los antiguos (1),

(1) *De erroribus veterum medicorum*, 1533. In artem medicinalem Galeni, 1536. — « Oportet (scribere) de scriptoribus ita sentire ut eos homines agnoscamus, et non tamquam deos veneremur, nobisque antiquam libertatem relinquamus... Probationes ex nostris sensibus, nostroque ingenio ducamus. Nemini credamus, sed liberi contra omnes quod putemus verum proferamus. Eorum opiniones refellamus qui in magno sunt precio, quorum autoritas infirmis ingenii obesse potest. »

rechazando los sofismas del horror al vacío y la infinidad de espíritus á que recurría la escuela galénica para explicar las funciones; negó que la voluntad del alma tuviese fuerza medicinal, y se la atribuye á las leyes de la naturaleza; dijo que las diversas facultades intelectuales no residían en determinadas partes del cerebro, aseguró que las venas no nacen del hígado, y discurió razonablemente acerca del sueño. También combatió á Galeno su discípulo Jerónimo Capovacca, profesor de Padua, sin que por esto se separase siempre de sus doctrinas. Fortunato Fedele denunció muchos errores comunes, estableció reglas de filosofía médica, y recomendaba que los estudios se limitasen á conservar ó restituir la salud, dejando lo demás á la filosofía abstracta; impugnó á los que abusaban de los medicamentos, aconsejando que no se creyese en los prodigios atribuidos á los remedios, y que se desterrasen los amuletos.

Otros buenos observadores desvanecieron muchos hechos generalmente creídos, y que sin embargo existían solamente en la fantasía; pero aun los mas despreocupados seguían sin embargo los métodos escolásticos, y creían en las pretendidas cualidades elementales: ponían especialmente su cuidado en los síntomas, y atribuían una importancia excesiva á la orina y á los casos críticos, respecto de los cuales dió Fracastoro una teoría en extremo ingeniosa, pero meramente especulativa.

Se necesitaba un gran valor para combatir aquellos errores que contaban muchos siglos; y por lo mismo no acusamos á estos ilustres médicos, aunque notamos en ellos algunos restos de los antiguos sofismas. Apenas puede creerse que el haber insinuado Brissot que no era necesario sangrar lo mas léjos posible del punto de la inflamación, promoviese una contienda tan ruidosa como las religiosas, en la que todos los médicos se dividieron en dos campos, partidarios de la sangría á la arábica ó á la griega, de la revulsión y de la derivación; sistemas que fueron desechados cuando se conoció la circulación. Por su aversión á los médicos franceses que rechazaban la sangría, Leon Botalli de Asti enseñó que del mismo modo que en un manantial cuanto mas agua mala se saca, mas mana mejorándose, y en los pechos cuanta mas leche se chupa, mas acude y de mejor calidad, así sucede con la sangre; de manera que aquello fué un diluvio de sangrías para toda clase de enfermedades. Otros, por el contrario, lo esperaban todo del agua y de los baños, sobre lo cual se escribieron muchísimos libros que fueron recopilados en su mayor parte en un volumen impreso en Venecia en 1553: *De balneis*, etc.

La escarlata, que en 1505 desoló la Italia, y que la recorrió varias veces, fué descrita con exactitud por Jerónimo Cardano, y posteriormente trataron de ella con especialidad Fracastoro, Massa y Andres Trevisio. Otros escribieron de la tos convulsiva, del catarro epidémico, de

escorbuto y de la lue venérea, que Berenguer de Carpi curó antes que nadie con el mercurio (1); la rafia se distinguía como una enfermedad particular. Sin embargo, se presentaron muchas ocasiones de observar la peste bubónica; y harían reír las causas que se le señalaban, si resucitándolas nuestro siglo no nos hubiese enseñado á perdonar. Baste decir que los mas explicaban el contagio por medio de la voluntad inmediata de Dios; y Paracelso distingue la peste natural de la sobrenatural ó procedente de los astros, especialmente de Saturno, devorador de los niños. En el siglo XVII se usaba un remedio semejante contra la lepra y otras enfermedades cutáneas. En una gruta llena de culebras, próxima á Bracciano, se introducía al enfermo después de haberle purgado, y empezaba á sudar á causa de lo elevado de aquella temperatura, sin embargo de que se le tendía en tierra enteramente desnudo, quedando á poco rato profundamente dormido. Atraídas las culebras por el olor del sudor salían á centenares de sus cuevas, se le rodeaban al cuerpo y le lamían blandamente sin causarle el menor daño; y como el menor movimiento del enfermo las asustaría y las pondría en fuga, se cuidaba de darle un soporífero. Al cabo de tres ó cuatro horas se le sacaba de la caverna, y así se seguía hasta su curación, que no tardaba en verificarse (2).

Era muy comun unir á la medicina las investigaciones y observaciones astrológicas: el obispo Lucas Guarico, Napolitano, se dedicó á la astrología y escribió sobre ella: los médicos Juan Antonio Magini, Ángel Forcio, Plácido Fosco, Guillermo Grattaroli, Clemente Clementino, Tomas Giannozzi y otros muchos unieron sus conocimientos con los astrológicos; el ilustre Fracastoro hace consistir las simpatías y antipatías en la influencia de las estrellas; y el Milanes Luis Settala en las manchas que salen en el cuerpo; pone en relación con los planetas todos los órganos y hasta la fisonomía y las arrugas; creyendo que el sol obra sobre la fuerza vital, la luna sobre la vegetación, Mercurio sobre la fantasía, Venus sobre las facultades apetitivas, Marte sobre las repulsivas, Júpiter sobre las naturales y Saturno sobre la memoria. Sin embargo, otros sabios como Baffi, de Perusa, Vallerioli, Mandella y Manardo (3) negaban á los cuerpos celestes semejante influencia. Es inútil nombrar la inmensa serie de secretistas y alquimistas.

Á esta época pertenecen los primeros tratados de medicina legal, principiando por el *De relationibus medicorum*, 1602, de Fortunato Fedele, que trató de todos los casos que hoy pueden

(1) Benvenuto Cellini le insulta diciendo que « con una de sus unturas emporé muchas decenas de señores y pobres caballeros, á quienes sacó muchos miles de ducados... y ahora andan por Roma todos los infelices que untó estropeados y de mala manera. »

(2) KIRSCHER, *De arte magnetica*, lib. III, parte 7.

(3) RENZI, III, 68.

ocurrir y de otros particulares á su siglo, como de los filtros y del uso del tormento.

CAPÍTULO XXXVIII

Literatura francesa.

Hemos podido extendernos sobre la literatura italiana (cap. 10), sin hablar de las demas, porque eran desconocidas en Italia; pero las flores de aquella, que habían sido extraordinariamente precoces, se marchitaron en breve, al paso que produjeron frutos en otras naciones que habían aprendido de ella.

Si bien no pudieron los Franceses conquistar la Italia, adquirieron en cambio conocimientos, libros, gusto y amor á las artes y á las letras (1). Luis XII mandó formar al monje Gaguin una biblioteca que fué la mas rica de aquel tiempo, se llevó las de los dominadores de Milan y Nápoles, y llamó á Juan Lascaris y á Jerónimo Aleandro; pero los literatos solo podían contar con una protección incierta y fugaz. Francisco I, honrado por condescendencia con el título de padre de las letras, se rodeaba de sabios y luego los iba persiguiendo poco á poco, y reprimía una libertad que le inspiraba miedo. Con el establecimiento del colegio real se renovó la afición al griego y al hebreo, si bien los celos que los grandes tenían de los literatos estrecharon el objeto de aquel establecimiento; y el estudio de las lenguas orientales parecía tener algo de herejía. Entre los que cultivaron el griego merece un lugar preferente Budeo, célebre erudito llamado el *prodigio de la Francia* por Erasmo, su émulo; Estéban Dolet, quemado á los treinta y siete años por hereje, el dulce Mureto y el inmenso Casaubon sostuvieron el honor del latín y de la erudición; y los Estéfani difundieron por medio de ediciones correctas y bien anotadas el conocimiento de los clásicos, en los cuales admiraba el rey la claridad de ideas, la noble regularidad y la precisa y elegante precisión.

Los eternos modelos del buen gusto no hacían descuidar la lengua nacional que ya se usaba en los tribunales; había sido discutida por los gramáticos, engalanada por los traductores y ordenada por las tentativas de innovación. Estas se sucedían con frecuencia unas á otras, como sucede generalmente con toda lengua que carece de literatura, pero no podían tomarse en cuenta los numerosos imitadores del *Roman de la Rose* ni de los *Reques franceses*, que á falta de genio se devanaban los sesos con nuevas dificultades. El uso del italiano, que estuvo en moda en la corte de Catalina, introdujo en el

(1) Castiglioni en el *Cortésano* dice que « los Franceses no reconocen mas que la nobleza de las armas, y que no aprecian en nada lo demás; de manera que no solamente no aprecian las letras, sino que las aborrecen, y tienen á los literatos por hombres degradados, y parece que dicen un insulto á cualquiera cuando le llaman *clerc*. »